
Entre Sorbo y Sorbo

Joaquín Dicenta

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6074

Título: Entre Sorbo y Sorbo

Autor: Joaquín Dicenta

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 13 de diciembre de 2020

Fecha de modificación: 13 de diciembre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Entre Sorbo y Sorbo

Discutíamos mano a mano. ¿De qué? De lo que pueden discutir cuando no riñen o se aburren, una mujer fácil y bonita y un hombre, joven todavía, luego de un almuerzo en que ni escasearon las viandas ni faltaron los vinos. De amor hablábamos: de ese amor que está al alcance de todos los corazones y de todos los seres humanos, porque se detiene en la superficie del sentimiento, y busca, como principalísimo premio, goces rápidos e impresiones picantes. No discutiendo amores, porque antes dije mal: mostaceando deleites futuros, estábamos Eugenia y yo en el elegante comedor de la casa, bebiendo deseos el uno en los ojos del otro, y apurando a sorbos lentos y abundantes, sendas copas de vino de *Champagne*.

Era Eugenia una deliciosísima criatura.

La Naturaleza, maestra admirable cuando para atención en sus obras, la había modelado irreprochablemente para los objetos a que debía servir en el mundo. Esbelta, fuerte, blanca de piel, con el pelo y los ojos tan negros como encendidos los labios y blancos los dientes, con el cuerpo tan pronto a las languideces súbitas y a los súbitos encrespamientos del deleite, como la boca a la risa y los labios al beso; resultaba una compañera insustituible para un viaje de amor, para un viaje corto, se entiende, no hablo del viaje de la vida.

Ella y yo habíamos emprendido ese viaje corto, almorzando juntos y haciendo la primera parada formal en los postres, mientras el *Champagne* fermentaba en las copas y el café hervía en su recipiente de acero.

—Mira, para el café —dijo Eugenia—, voy a traerte una botellita de Chartreuse, un Chartreuse especial (regalo del conde); tomaremos un par de copas y... ¡a vivir!

—Envuelta en un periódico y todo, como la trajo el hombre —añadió Eugenia cuando volvió a su sitio—, traigo yo la botella. ¡Ea!, desenvuélvela y llenaré las copas. Desenvolví de la botella el periódico que la guardaba, y mientras mi amiga servía el Chartreuse, fijé mis ojos en las letras impresas del diario.

Era de fecha ya remota. Mi vista dio sobre un telegrama de Sevilla que relataba el suicidio de una obrera, de una pobre muchacha que, obligada a mantener a los suyos y despedida de la fábrica, padeció, la miseria primero, el hambre propia y la de su familia después, y tomó al cabo la resolución de tirarse por el puente de Triana abajo, para sepultar sus desdichas en las aguas del Guadalquivir.

La impresión de tristeza que aquella noticia vieja me produjo, debió reflejarse en mi cara, porque Eugenia, deteniendo la botella en el aire con un brazo, y rodeando con el otro mi cuello, me preguntó:

—¿Qué tienes?

—Nada —repuse—. He leído distraídamente este periódico, y, ¡mira qué tontuna!, el conocimiento de una desventura acaecida hace ya meses, me ha quitado el humor.

—¿Qué has leído? —me volvió a preguntar Eugenia.

—Léelo —contesté alargándole el trozo de periódico.

También la hermosísima cara de Eugenia manifestó tristeza, mientras su boca deletreaba el trágico suceso; también en sus ojos, siempre alegres, brilló un destello de melancolía.

—¡La miseria! ¡El hambre! —exclamó—. ¡Qué quieres! Ese es el porvenir de todas las trabajadoras. Llegará un día en que

falla el trabajo y no tiene una más remedio que tirarse de cabeza al río o tirar la vergüenza en mitad de la calle... Yo hice lo segundo: esa pobre chica lo primero. ¡Valiente tonta! ¡Tirarse al río!... ¡Bah!... ¿Para qué?... Mejor es lo otro; por lo menos, mientras dura la juventud, una se divierte... Siendo joven, ¿por qué se tiraría al río esa chica?...

Eugenia quedó un momento pensativa y luego, alzando en alto la copita llena de Chartreuse verde, que parecía una esmeralda donde se quebraban los rayos del sol, dijo, como hablando consigo misma:

—¡Puede que fuese fea!...

Joaquín Dicenta



Joaquín Dicenta Benedicto (Calatayud, Zaragoza, 3 de febrero de 1862 - Alicante, 21 de febrero de 1917), periodista, dramaturgo del neorromanticismo, poeta y narrador naturalista español, padre del dramaturgo y poeta del mismo nombre y del actor Manuel Dicenta.

Estrenó su primer drama en 1888, gracias a la protección de Manuel Tamayo, y escribió numerosas novelas, cuentos y

piezas de teatro en prosa y verso. También escribió poesía, aún por recopilar y estudiar, y en su poema Prometeo de 1885 declaró ya su ateísmo. Tras un breve y frustrado matrimonio, la sociedad le marginó a causa de haberse unido a una mujer gitana, la bailaora andaluza Amparo de Triana, que abandonó la profesión para vivir con el altivo, independiente y pendenciero poeta. Su suerte cambió con el éxito internacional de su drama Juan José que, habiendo sido rechazado por la compañía de Ceferino Palencia y María Tubau, llegaría a ser una de las obras más representadas en España antes de la guerra civil. Así, el 11 de noviembre de 1895 recibió un homenaje de los literatos y periodistas madrileños. En 1889, Dicenta fundó con Ruperto Chapí la Sociedad de Autores, entidad precursora de la Sociedad General de Autores y Editores.